

quienes la experiencia de la historia no ha podido enseñar la falsedad de sus teorías.

¿Necesitamos, señores, de largos discursos para rebatir esas falsas teorías con las verdaderas? ¡Oh! ¿quereis decirme, vosotros que blasonais de pensadores profundos, si el mal tiene igual derecho que el bien? Iré todavía mas allá y agregaré, ¿deben concedérsele derechos al mal? Y suponiendo que se los conceda la sociedad, ¿puede concebirse que el bien y el mal sigan una misma senda sin embarazarse mutuamente, y podrán, siendo tan opuestos, producir una misma libertad?

Vuestro recto juicio me dispensa de contestar, señores. Estas cuestiones quedan resueltas en el momento mismo en que se formulan. No, mil veces no; el mal no tiene ni puede tener derechos, porque él es en sí la violacion de un derecho, pues, ó ataca un derecho divino ó un derecho humano. ¿Y podrémos oír hablar todavía de los derechos del mal? ¿Y quieren algunos ilusos que el fundamento de la libertad social se apoye en semejante derecho? Conocido será sin duda ese fingido derecho en el infierno, donde reina el imperio del caos; pero donde quiera que existan séres libres reunidos para vivir en armonía y en el órden, la verdad y la justicia se juntarán para clamar contra los derechos de Satanas.

Si por un momento concediéramos al mal ese derecho; si le permitiéramos ejercer en la sociedad toda su pernicioso influencia, ¿qué sería del bien entonces? ¿Sería posible que un gobierno permaneciera neutral entre esos dos antagonistas, despues de dar al uno las mismas franquicias que al otro? Eso sería

olvidar lo que es el bien ó desconocer lo que es el mal; sería no tener presente que el mal es déspota y tiende á pesar suyo á sofocar la libertad del bien. Este, que estriba en el amor y bien comun, puede tolerar á su lado el mal. Señores, ante la Francia, ante la Europa, ante el mundo entero declaro desde lo alto de esta cátedra, que, á pesar de la insuficiencia del que hoy tiene la honra de ocuparla, ejerce en el mundo católico mucha autoridad; desde este lugar declaro que el mal no puede ver impunemente que á su lado se desarrolle el bien; declaro en nombre de la verdadera libertad que sostienen conmigo todos mis hermanos en Jesucristo, que todos los hombres malos son egoistas, tiranos y opresores; declaro que si el partido del bien no se ve esterminado en todos los pueblos por el partido del mal, es porque aquel tiene mayoría, y teme este ser víctima de ella; declaro, sin temor de que me desmientan ni los políticos espertos ni los sabios pensadores, que dar al mal una absoluta libertad de obrar, es oprimir el bien y matar la verdadera libertad. Estudiemos la historia de la humanidad, señores, y veamos lo que nos enseñan seis mil años de experiencia: nos enseñan que cuando los malos son mas fuertes que los buenos, lo primero que hacen es suprimir la libertad de los buenos, porque su reinado es el reinado de Satanas; y lo primero que hace en la tierra Satanas es esclavizar y entronizar el egoismo, la esclavitud y el desórden del infierno.

En vano se inventarán formas políticas y constituciones sociales para contener la fuerza opresora del mal que busca la esclavitud de sus semejantes con el mismo anhelo que solicita pan el hambriento; todo

será inútil, porque se desbordará el mal á pesar de los obstáculos que se le opondrán; no solo romperá la débil cadena con que se intenta sujetarlo, sino que los mismos que tienen esa cadena serán tarde ó temprano víctimas de ese mal y de la tiranía de sus pasiones. Supongamos á una nacion ávida de libertad; á la mas digna de ser libre entregada de improviso á la direccion de los malos; os aseguro que en esa nacion, sea cual fuere la forma de gobierno que se adopte, los buenos serán víctimas de los malos desde el mismo momento en que estos se entronican. ¡Qué importa que esa nacion se llame consulado, reino, imperio, república, gobierno absoluto, representativo ó democrático? El mal está en el poder y triunfa, y ¡ay del bien entonces! La libertad perece, porque entonces, lo mismo que tres mil años atrás; el mal grita que su fuerza es la ley de la justicia: *Lex justitiæ fortitudo nostra est*; nosotros somos la libertad, y el pueblo no tiene otro derecho mas que el de reconocernos como sus soberanos.

Hé aquí lo que hace el mal con respecto al bien. Y lo que digo del mal relativamente á la sociedad, lo digo tambien del error. Este es hermano del mal; y ambos son hijos de un mismo padre, el egoismo, que ha infiltrado en su corazon la esencia del despotismo y los ha dotado de unas mismas inclinaciones, de unos mismos odios y de unos mismos instintos. La verdad tolera el error de la misma manera que el bien tolera el mal; pero no sucede lo mismo con el error, que odia la verdad y con ella á los hombres que la representan; necesita dominarla y oprimirla así como el mal necesita oprimir el bien.

El error, cada vez que habla de las persecuciones habidas á causa de doctrinas y opiniones, se supone siempre una víctima. Olvida que raras veces ha sido perseguido el error por la verdad, y que su persecucion se ha debido á los hombres y no á los principios; y que la opresion que ha hecho pesar el mal sobre el bien es un hecho normal y el resultado de una necesidad inherente al error. Si leemos los escritos de los que públicamente profesan el error, en ellos veremos manifiesta su necesidad de oprimir la verdad, á pesar de la hipocresía con que quieren ocultarlo. Claman que quieren la libertad para todos; pero no les creais; quieren la libertad de sus ideas, pero no quieren la misma libertad para los que las rebaten. Lutero es segun nosotros la causa fundamental del error; porque él pidió el esterinio de los protestantes solo porque se atrevieron á protestar contra sus ideas, del mismo modo que protestó él contra la Iglesia. Cuando el racionalismo y la herejía quieren presentar á la Iglesia católica como enemiga de la libertad social, se valen de ciertas palabras tristemente célebres para autorizar su odio; palabras que producirán eternamente un efecto prodigioso en los ignorantes, á quienes eternamente engañarán los sofistas. Pero todo el que leyere con imparcialidad la historia de las persecuciones que ha sufrido la conciencia humana, verá que siempre y en todas partes el error, ya se llame herejía, cisma, sistema filosófico, racionalismo, panteismo ó ateismo, ha dado en cada una de las páginas que ha escrito vergonzosas pruebas de su invencible necesidad de oprimir la verdad.

Hoy mismo, señores, los hombres que haciendo de

su nombre una bandera de libertad se intitulan pomposamente *pensadores libres*, son los que quisieran suprimir con todo el culto positivo la libre espresion del pensamiento religioso. Quieren abolir la religion, á la cual denominan con el falso nombre de *supersticion*. Los mas famosos declamadores de la libertad son los que han puesto el grito en el cielo en favor de la persecucion religiosa, empleando frases que no se creia pudiesen pronunciarse en el siglo diez y nueve: "Es preciso estirpar el catolicismo," ha dicho uno de los filósofos de nuestro tiempo, agregando despues: "debe ser arrastrado por el fango, y destruida de una vez la supersticion en el mundo." <sup>1</sup> En vano les argumentais probándoles que nosotros llamamos religion á lo que ellos supersticion; que somos católicos porque hemos hecho libre eleccion del cristianismo, cuyas doctrinas son las que acepta nuestro pensamiento, las que nos impone nuestra conciencia y adora nuestro corazon. No importa, dicen ellos, es necesario estirparlo, *arrojarlo en el fango*, empleando para ello, si necesario fuere, la violencia. Segun el libre exámen, los reyes deben esgrimir la espada para arrancar la religion de mi pensamiento, de mi amor y de mi conciencia; para despojarme, en fin, del derecho de escoger libremente. Y ¿para qué tanta violencia, señores! Para que bajo el nombre de religion universal y libertad abstracta no nos quede mas que un simulacro de religion y un dios-fantasma; la religion y el dios de los partidarios del libre exámen. Esta es la lógica del error y del mal, y el

<sup>1</sup> Mr. E. Quinet.

que la niegue, engaña á los demas engañándose á sí mismo.

Querer, pues, que en nombre de la libertad se concedan iguales derechos al error y á la verdad, al mal y al bien, es fingir que se defienden los fueros de la libertad decretando su ruina; es imponer el triunfo del error sobre la verdad, el de la impiedad sobre la religion, el del mal sobre el bien; es entregar á la sociedad á un juego de azar, á los caprichos de la fortuna, á las tinieblas del caos; y finalmente, es arrojarla al egoismo para que sea la presa de sus garras, é inmolar las libertades públicas convirtiéndolas en juguete de los perversos. Señores, la sociedad es como el hombre: cuando no busca la libertad en el camino del bien, llega fatalmente á la esclavitud por la senda del mal.

No seria de estrañar que alguno de vosotros abrigase alguna duda acerca de lo que hemos manifestado y dijese: "Si es cierto que la libertad progresiva la forma la libertad de obrar en la órbita del bien, ¿qué harémos para salvar y aumentar esta libertad, cuando el error, las pasiones y el mal se encarnan sin cesar en los hombres, y viven en sociedad con la verdad, la justicia y el bien? ¿Deberémos matar todo error, estinguir todo mal, castigar todo sacrilegio y proibir legalmente toda inmoralidad? Y siendo imposible la proscripcion legal de todo lo que es falso, inmoral é impío, ¿quién demarcará los límites de esa restriccion, quién señalará á esa proscripcion el punto en que debe encerrarse? ¿Cómo se combinarán las cosas de manera que pueda haber esa presion legal sin oprimir á un tiempo la libertad social? ¿Qué

harán los que mandan para cortar el mal sin sacrificar el bien, para poner coto al error sin que se resienta de ello la verdad? Señores, los partidarios de eso que llaman progreso social invocan en favor del mismo progreso la tolerancia legal; pero ¿de qué tolerancia nos hablan? Hablar de la tolerancia del bien es carecer de sentido comun, porque el bien no se tolera; siendo como es legítimo, él mismo es una ley. Luego se trata de la tolerancia del mal, lo cual nos conduce forzosamente á sentar este problema. ¿Hasta qué grado podrán los gobiernos modernos tolerar el error y el mal sin comprometer la libertad? Unos quieren encerrarla en la esfera de los dogmas y de los cultos positivos; otros pretenden aplicarla tambien á las doctrinas simplemente morales y señalarle por límite el principio en que descansa el gobierno; y otros, en fin, abogan resueltamente por la tolerancia universal y la libertad ilimitada de todas las doctrinas y de todas las opiniones. Pero si la tolerancia universal y la libertad ilimitada no son sino una locura; si el buen sentido mas vulgar indica al genio político la necesidad de demarcar un límite, ¿dónde hallaremos ese límite que pueda comprender la tolerancia del error y del mal sin sacrificar la verdad y el bien? En las sociedades verdaderamente libres ¿cuál será el *hasta aquí* de la tolerancia y de la represion legal? Estas cuestiones son tan graves y necesarias hoy, que las cabezas mas bien organizadas han tratado de resolverlas entre la confusion de las sociedades modernas sin conseguirlo hasta ahora. Son tan graves, que por fortuna no es mision mia resolverlas; ni podria hacerlo de una manera exacta sin

salir de los límites de mi carácter; sé bien cuáles son, y jamas los traspasaré.

Lo que sí os aseguro, señores, es que los católicos no apelamos ni á la violencia ni á la persecucion, y que está muy lejos de nosotros la idea de privar á nadie de su libertad. Lo que sí pedimos es que no se impongan á nuestro presente las miserias de nuestro pasado: nosotros sabemos aceptar con nuestra Madre la Iglesia las nuevas legislaciones que crea el genio de los hombres para subvenir á las nuevas necesidades, siempre que caminan de acuerdo con la sabiduría de Dios. Hablando del difícil asunto de las represiones legales, solo pediremos una cosa en nombre de la libertad; que se tenga el mal á raya suficientemente para asegurar la entera libertad del bien. Fuera de esto, nosotros los primeros aconsejamos á los gobiernos humanos que miren con paternal tolerancia esa clase de males por cuya represion no están los sabios, teniendo presente que así como un padre de familia deja de castigar algunas faltas en sus hijos, así los gobiernos deben dejar de castigar algunas en sus súbditos. Puede haber circunstancias en que la represion de un mal menor traiga mayor daño á la sociedad. Cuando los tiempos son aciagos y la atmósfera que nos rodea se oscurece; cuando las falanjes del error y del mal se cruzan en la azorada sociedad con las huestes de la verdad y del bien, y cuando los mas hábiles políticos, cegados por las tinieblas que envuelven las almas se sienten incapaces de distinguir la línea que divide el mal del bien y la verdad del error; sé bien que por permitirlo así la Providencia, se hace sumamente difícil la mision de aquellos que Dios ha

colocado en este mundo para reprimir el mal y defender al bien; y se comprende que ellos se encuentran vacilantes para saber hasta qué punto fijarán los límites de la esfera de la libertad sin matar su propia autoridad, y la acción de su autoridad sin matar las libertades públicas. Y no debemos juzgar con severidad á los que han recibido de Dios el alto ministerio de regir el timon de las sociedades y el destino de los pueblos, durante esas noches borrascosas en que los pueblos han perdido el sol de la tranquilidad que los guía; para juzgarlos, es preciso esperar y tener en cuenta el desorden de ideas, la corrupcion de las costumbres y el encarnizamiento de los partidos.

Pero no creáis, señores, que las reflexiones que hemos hecho sobre la libertad práctica de las sociedades modernas impedirá que proclamemos una verdad que es la raiz de la libertad verdadera, á saber: que la teoría social que pretende conceder al error los mismos derechos que á la verdad, al mal los mismos que al bien, es radicalmente anticristiana, antisocial, inmoral y absurda, es una teoría impracticable que ningun gobierno ha podido hasta ahora ni ninguno en lo de adelante podrá realizar; y si alguno lo pusiera en práctica, no se pasarían diez años sin que por todas partes se viese la verdad oprimida por el error, el bien por el mal, la religion por la impiedad, la libertad por la tiranía, y sin que se viera en fin á la anarquía oprimiendo á la sociedad sobre las ruinas de los gobiernos; porque, lo repetirémos todavía, la libertad social la forma el movimiento de la sociedad en la órbita del bien; y si triunfa el mal, será sobre la tumba del bien y de la libertad pública.

Despues de lo espuesto sobre las condiciones de la verdadera libertad, fácil nos será comprender por qué el cristianismo por medio de su acción hace á los pueblos verdaderamente libres haciéndoles progresar por la libertad.

## II.

Aquí yo os pido, señores, que comprendiendo mi intento, me sigais en la esposicion que debo hacer; no limitemos nuestras miradas al tiempo presente; recorramos todos los espacios y todos los tiempos desde que Jesucristo vino al mundo, y veamos todo lo que ha hecho en los pueblos cristianos en favor de la libertad social.

Segun lo que llevamos espuesto resulta que en los países donde mas existe eso á lo cual hemos dado el nombre de *movimiento de la voluntad sin obstáculo alguno para hacer el bien*, es donde precisamente debe existir mas libertad. Donde los que obedecen y los que mandan sigan las sendas del bien, existirá el pueblo mas libre y la constitucion política mas propia, porque esta triple acción es la que produce la libertad mas verdadera. Reuniendo el cristianismo esas tres cualidades, produce necesariamente la libertad social mas absoluta, pues á él se deben los mejores súbditos por ser los mas fáciles de gobernar; los mejores príncipes, por ser los mas paternales; y las mejores constituciones, por ser las mas ampliamente liberales. Los hombres superficiales no han estudiado

estas buenas cualidades del cristianismo, y desconocen por lo tanto los efectos debidos á ellas.

Produciendo los súbditos mas virtuosos, produce indudablemente la libertad, porque para que un pueblo sea libre, debe ser obediente. Toda libertad social supone un gobierno; para que un pueblo sea libre debe ser gobernado; y para que sea gobernado debe ser dirigido por los que le son superiores. La máquina mejor combinada dejará de moverse desde el momento en que una de sus ruedas mas inferiores deje de corresponder al movimiento general. Lo mas opuesto á la libertad del hombre, es su independencia; el que deja de depender de otro, deja de ser libre; luego la libertad del hombre depende de un buen gobierno; pero para que un pueblo sea gobernado debe ser dócil. Los medios de gobernar y el genio de los gobernantes no tienen sino una fuerza relativa. Cuando un pueblo se opone á ser gobernado, inútil será cuanto hagan los hombres de ingenio para dirigirlo, pues hallarán en la resistencia del pueblo un obstáculo invencible: un pueblo que no es dócil no puede ser gobernado libremente. Todos los Richelieu, los Mazarini y los Jimenez serian impotentes para gobernarle. El arte de gobernar consiste en preparar á los pueblos á ser gobernados para hacerlos verdaderamente libres.

No es otro, señores, el secreto de esa gran política que abarca un vasto horizonte; procura crear una libertad de pensamiento adecuada á las costumbres de los pueblos, y en las virtudes presentes funda la libertad futura. Nuestras revoluciones, empero, nos han hecho olvidar esa gran política y sus tendencias

regeneradoras; fiando demasiado en el genio gubernativo de nuestros hombres de estado, creemos que pueden hacerlo todo. Todavía hoy, alucinados por las apariencias de nuestros sistemas de gobierno, que hasta ahora no han podido demostrarnos de un modo eficaz que pueden hacer á un pueblo verdaderamente libre, olvidamos que de nada le sirve á la máquina del gobierno tener buen movimiento si hay una rueda que no corresponde al movimiento general; esa rueda es el pueblo rebelde que no quiere seguir el movimiento. De nada nos servirán las constituciones mas bien combinadas ni los grandes genios políticos, si los vicios nos arrastran á todos á la rebelion, y el progreso social no adelantará un solo paso.

Creciendo el vicio, la impiedad y la inmoralidad y todos los instintos del mal que se desarrollan en los hombres cuando carecen de virtudes, es absolutamente indispensable, para que subsista la sociedad y haya gobiernos, que crezca en proporcion la fuerza represiva que Dios ha colocado en las manos de los que ejercen el poder. Esos males acaban con los gobiernos que no les enfrenan, y hieren de muerte á las sociedades que no los reprimen. "A medida que baja el termómetro de la compresion individual, se eleva el termómetro de la compresion social," dice Donoso Cortés, y esta es una verdad que no fallará nunca. La relajacion general de costumbres debe producir necesariamente la compresion social. Las épocas de trastornos no pueden prolongarse por mucho tiempo, porque traen por consecuencia ó la muerte de la libertad, ó la de la sociedad. Cuando los pueblos dan suelta á sus malos instintos, son mas po-